

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1883 Á 1884,

POR EL DOCTOR

DON DANIEL DE ZULOAGA Y SANTOS,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA.

VALLADOLID:

IMPRENTA DE LUCAS GARRIDO

Calle de la Obra, núm. 8.

—
1883.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1883 Á 1884.



Disc. Apert. UVA883/84 BiCe



5>0 0 0 0 4 2 0 6 3 8

CCP.3

12.0638

Ilmo. Señor:

Al entrar en el imperio de la Historia, los siglos que más se han distinguido por algún suceso extraordinario, han sido señalados con una calificación que sintetiza las empresas que durante ellos se acometieron, las hazañas que se realizaron, los hechos más culminantes de que fueron testigos y aún el génio, el carácter y las aspiraciones dominantes de la época. Adelantándose nuestra generación, llevada de impaciente orgullo, á escribir su propio epitafio, ha demostrado que no es la modestia la virtud que predomina. El siglo de las luces, del vapor, de la electricidad, de la ilustración..... todo esto y mucho más se ha llamado á sí mismo el siglo XIX. Los epítetos más honrosos, los adjetivos más altisonantes, las frases más huecas y enfáticas han sostenido lucha gigantesca en el afán de darle nombre propio; afán inmoderado que acaso suministre base á las generaciones que han de venir, para dedicarnos algún otro calificativo,

muy distante de significar el buén concepto en que nosotros nos apreciamos.

Pero si por cualquier denominación que el siglo XIX se aplique puede recordársele el conocido adagio *laus in ore proprio*; si la posteridad en su imparcial y sereno juicio no se digna confirmarle ninguno de los honrosos títulos á que se considera acreedor; si no le llama el siglo de los inventos, ni el siglo de la ilustración, no podrá desconocer, aún investida de la más estricta severidad, que en nuestro siglo se ha desarrollado una corriente poderosa, que con rápido vuelo conducir puede la humanidad á un alto grado de perfección. Las ciencias y las artes dán á cada paso inequívocas señales de ese movimiento, que con igual intensidad se percibe en las grandes ciudades y en las más reducidas aldeas, entre las clases más aristocráticas como entre las ménos acomodadas. Toda la sociedad participa de un ardiente deseo de ilustrarse, de instruirse, de figurar por el saber, por el talento, por las excelsas dotes de la inteligencia, tanto ó más aún que por el boato y la ostentación de cuantiosas riquezas materiales, en cuya fastuosa exhibición, justo es proclamarlo, toman gran parte el gusto esquisito, la refinada delicadeza, la gracia embeladora que las ciencias y las artes contribuyen á desarrollar. Soberbias construcciones, preciosos monumentos que bastan á perpetuar y honrar la memoria de cien generaciones se alzan por doquiera, siguiendo ese mismo espíritu, para acoger en su seno nutridas falanges

de jóvenes ansiosos de elevar sus conocimientos en todos los ramos del saber humano; y los centros de enseñanza, los ateneos y las academias se multiplican con rapidez pasmosa, de todo se habla, todo se analiza, todo se discute y todos los problemas se plantean, todos los axiomas se examinan y todas las verdades reconocidas de antemano por la ciencia ó dogmatizadas por la fé, sufren de nuevo el martirio de la crítica más escrutadora.

No es mi ánimo estudiar si este movimiento se halla ó nó convenientemente dirigido, ni hasta qué punto puede prestar benéfico influjo y donde puede empezar á servir de rémora fatal para el progreso científico; si á él se deben la caótica confusión en las ciencias y el frío excecpticismo en materias religiosas, ó si por el contrario merced á su influencia el gusto científico se perfecciona y la fé religiosa se depura y aquilata: basta por hoy á mi propósito hacer constar el hecho tal cual existe, consignar que el espíritu, la esencia íntima del siglo XIX se condensa en el vehemente deseo de adquirir una profunda ilustración.

Encarnado este espíritu en todas las clases sociales, no podía ser la mujer la que menos impulso le diera. Ella, tan accesible á la cultura y civilización; ella, que busca la perfección en todas sus obras y que dotada de eminentes cualidades, luce las galas de su talento como uno de sus poderosos atractivos, ¿había de permanecer extraña al movimiento intelectual, que caracteriza nuestra época?

Rara vez, sin embargo se acomoda el corazón humano con suficiente abnegación á ocupar el modesto pero seguro y juicioso lugar que le deparan los términos medios; y el bello sexo, que tan fácilmente se deja guiar por su viva imaginación, corre desalado á traspasar los límites que le corresponden, proclamase en absoluto independiente, hace sonar la hora de lo que llama su emancipación social, y aspira, arrastrado por la más loca fantasía, á reemplazar al hombre en todos los negocios de la vida pública..... ¡Ah! ¡sublime error que sólo por un instante puede residir en el corazón de la mujer! ¿No sabe ella por ventura, que su timbre más glorioso, que su belleza y encantos consisten en no ser hombre?

La mujer debe educarse, la mujer debe instruirse para ser mujer; para aprender á labrar mejor su dicha haciendo el embeleso de sus padres y hermanos, la felicidad de su esposo y el adorno máspreciado de la sociedad; para educar á sus hijos, enseñándoles esas máximas sencillas que ella sola sabe hacer repetir á los balbucientes labios del niño, consejos saludables que jamás el hombre olvida, que en sus aflicciones le prestan el mejor de los consuelos y en sus momentos de placer le recuerdan que en esta vida la dicha no es duradera; la mujer debe instruirse, porque sólo de esta manera puede llenar debidamente el importantísimo papel que la está encomendado; pero no debe olvidar nunca que todos sus conocimientos, que todas sus aspiraciones

deben dirigirse á su perfección como mujer, sin querer penetrar en el terreno que no la pertenece, puesto que en ella todo es y todo por consiguiente debe ser femenino.

Esto constituye, Ilmo. Señor, mi arraigada creencia y es lo que me propongo demostrar á la luz de la Historia, de la Filosofía y especialmente bajo el punto de vista anatómico-fisiológico. Poca novedad podeis esperar de mi discurso, dada la elección de un tema, oportuno sí, pero excesivamente gastado por las amplias discusiones, á que en la prensa y en todos los centros del saber se le ha sometido. El asunto es bello y por lo mismo requiere elocuencia fascinadora, doctrina selecta y abundante, dialéctica viva y animada y un lenguaje tan elegante y florido como el sujeto que le motiva, lenguaje al cual difícilmente podrá aspirar el que consagrado al árido tecnicismo de las ciencias médicas, frecuentemente se vé mortificado por el dolor, con el que tan de cerca tiene que luchar, y en estos momentos sufre además la dura presión que en el ánimo ejercen, la sublimidad de la augusta ceremonia que aquí nos congrega, lo autorizado de este recinto, lo distinguido del concurso y la ilustración de la época en que vivimos.

Veis pues, que no se me ocultan las dificultades que en el desarrollo de mi pensamiento han de surgir. También vosotros las conoceis y esto me dá la seguridad de que no me negareis vuestra indulgencia, que no os pido por seguir una costumbre sancionada, sino porque de ella realmente más que nadie necesito.

I.

En todos los países la mujer ha sido objeto de una consideración particular, mayor ó menor según la índole y el estado de cultura de los mismos. Entre los antiguos pueblos del Oriente, con frecuencia presentan los historiadores reducida su condición á una especie de esclavitud que la sujeta al bárbaro y caprichoso rigor de un déspota, árbitro de ejercer sobre ella la más estrecha y deprimente vigilancia y de infligirla toda suerte de castigos inclusa la mutilación, haciendo llegar la tiranía de las leyes y costumbres de la India hasta el extremo de suponer que la mujer casada no debía sobrevivir á su marido. Sin embargo, estas ideas recibidas como ciertas y que parecía encontraban apoyo en el atraso en que por espacio de más de treinta siglos ha permanecido aquel vasto imperio, rechazando todo nuevo gérmen de progreso y civilización, han sido rectificadas por los modernos orientalistas que, gracias á esfuerzos continuados y eficaces, van reconstruyendo la tan interesante como mal conocida historia de las regiones del Asia.

Lejos de ser la mujer india la esclava sometida á los despiadados tratamientos de su marido y de tener que entregarse á las llamas cuando éste moría, disfrutaba en el seno de la familia de una consideración muy distinta de la que se ha supuesto y que para honra de la humanidad, no tiene más garantía que la de un hecho apócrifo, como lo demuestran claramente entre otros varios, estos magníficos slocas del Código de Manú. «Sólo es hombre perfecto el que se compone de tres personas reunidas: su mujer, él mismo y su hijo.» «La mujer, depues de haber perdido á su esposo, no pronuncie jamás el nombre de otro hombre.» «Cuando las mujeres son respetadas las divinidades están satisfechas: cuando no se las respeta son estériles los actos de piedad.» Ni otra cosa podía suceder en un pueblo que conserva como uno de sus bellísimos proverbios el de «no hieras ni aún con una flor á la mujer culpable de cien faltas.»

Sensible por otro concepto también la pérdida de los volúmenes de Hermes, lo es en alto grado porque impide comprobar un dato de todo punto interesante, según el cual la mujer gozaba de tanta autoridad en el antiguo Egipto que asumía el carácter de jefe de la familia. De todos modos, aunque no pueda evidenciarse la certeza de este dato, basta lo que dicen Diodoro de Sicilia y Herodoto, aún sin contar con el testimonio sagrado de la Biblia, para poder afirmar, que en la nación de los Faraones la mujer era por lo ménos

de igual condición que el hombre, con quién compartía la dirección de los asuntos del hogar.

Realmente en el pueblo hebreo es donde la mujer comenzó á adquirir la grande estimación que bajo todos aspectos merece. No obstante la sensualidad de las costumbres orientales que le solicita, presiente el hijo de Judá que la mujer no es tan sólo un objeto de recreo, ni un excitante de la pasión, ni el mero instrumento para la multiplicación de la especie, sino que es parte de él mismo, *hueso de sus huesos y carne de su carne*, como le enseñó el inspirado legislador del Sinaí repitiendo en el Génesis las dulces palabras que Adán dirigió á Eva en el Paraiso, con las cuales, al par que con su Decálogo sublime, echó las bases á la trascendental reforma que había de completar el Hijo de Dios encarnado. Pero antes de entrar en el exámen de la saludable influencia del Cristianismo en lo relativo á la condición de la mujer, el órden exige que dirija una mirada á los antiguos pueblos del ya viejo continente europeo.

Grecia, cuna de la civilización para otros pueblos, templo de las ciencias y emporio de las artes, conservando la esclavitud con el imperio de la fuerza al lado de las costumbres que nacían con poderosa robustez, puede decirse que representa un verdadero periodo de transición en que lo viejo con todos sus detalles subsiste en torno de lo nuevo. Allí se vé en efecto la esclavitud más abyecta viviendo á una con la libertad más decan-

tada: allí el principio de Platón, que hace descansar la filosofía moral sobre la idea del Bien supremo, se amalgama con el politeísmo en toda su hedionda desnudez: allí, en fin, como resultado de lo antiguo y de lo nuevo, producto de civilizaciones antitéticas, al lado de la dama noble, vése á la cortesana, y formando contraste con una y otra, sirviendo á entrambas y bajando su cabeza ante la degradante humillación á que injustamente se la condena, existe también la mujer esclava. Nada más hé de decir de esta última. Los progresos de la cultura han condenado la esclavitud, que imprimiendo á los séres conscientes la misma consideración que á las fieras sometidas por la caza, constituye una de las más negras manchas que oscurecen la historia de la humanidad; y por otra parte, la esclavitud no era institución privativa de Grecia sino común á todos los pueblos antiguos, no se limitaba al bello sexo y su estudio tampoco puede suministrar luz al objeto de averiguar la condición de la mujer en el estado de libertad.

Era muy diferente el modo de ser de la noble matrona griega y el de la cortesana. Entregada la primera al cuidado de la casa, recibía la educación que por sí mismos procuraban darla sus padres, quienes ponían particular empeño en que no se dedicase á ocupaciones ó trabajos impropios de su sexo, y con ese género de vida, la dama griega se conceptuaba dichosa, como realmente lo era, puesto que, en medio del sosiego y tranquilidad del hogar doméstico, sin dejarse ofuscar

por el falso brillo de la cortesana, tenía ancho campo donde ejercitar sus virtudes, que el arte dejó grabadas en los preciosos monumentos que han llegado hasta nuestros días. La cortesana, por el contrario, desdendiendo igualmente las costumbres de Atenas que las leyes de Licurgo, tan indiferente á cubrirse continuamente con tupido velo como á mostrarse á todas horas sin él, crée que su belleza no supera á la de la estatuaria sino se aduna con el abrasador incentivo que en la voluptuosidad delicada encuentra, y para asegurar el éxito, envaneciéndose con su activa libertad, vive en las esferas del arte, penetra en las regiones de la ciencia, sube al Pórtico, discute con los filósofos y de una manera más ó ménos directa, pero siempre eficaz, influye en la literatura y en las bellas artes de su siglo, engalanándolas con las amenas y elegantes formas que del Atica importara.

Tales son los principales caracteres, las divergencias mas culminantes que entre una y otra existen. La dama noble se debe á su familia: la cortesana á la sociedad. Modesta y virtuosa aquella, cifraba todas sus aspiraciones en saber hacer la dicha de los suyos: libre y sedienta del placer la cortesana buscaba la instrucción como un medio de agradar, de comunicarse con los hombres y de triunfar sobre sus compañeras por sus cualidades físicas, por su discrección ó por su talento. El premio que cada cual obtiene corresponde así bien á sus acciones. La que consagra sus desvelos á la

familia, disfruta de un amor inestinguible que eleva y dignifica su condición; la que á la sociedad se entrega, despreciando los puros goces del hogar, recibe en recompensa los sociales aplausos, más ruidosos sin duda, pero también más efímeros y deleznable, porque su duración no escede del momento que tarda en despertarse la envidia. La una es el espíritu, la otra la materia: aquella inspira la idea sublime, y esta sin darse cuenta del hecho humilla su vanidad hasta la exhibición de su belleza, para que, con mágico cincel ó admirables colores, el hábil artista arranque del mármol ó traslade al lienzo las formas que deifican las virtudes de la matrona su rival.

No es cierto, pues, que la dama noble, «casi olvidada y entretenida en los minuciosos cuidados de la vida doméstica, tan separada de su siglo por su espíritu cuanto por su educación, recordase (como dice un escritor moderno) la simplicidad grosera de los primeros habitantes del mundo, pareciendo no pertenecer á aquella Grecia, cuyos restos causan tanta fruición.» Aunque por la injusticia de las leyes de que se lamenta el escritor aludido, ó por efecto de las costumbres de su clase, no se dedicara á las bellas artes, no por eso merece calificación tan dura y menos que se olviden sus ideales sentimientos, y las heróicas virtudes que la historia y la poesía ofrecen como irrefragable testimonio de la alta estimación que llegó á gozar, al mismo tiempo que del influjo que supo ejercer, de más trascendencia

incuestionablemente que el de la cortesana, puesto que si esta produjo las nuevas bellísimas formas, aquella suministró el fondo, la idea, la virtud que esas mismas formas habían de representar.

Destinado el pueblo romano á extenderse por el poderoso empuje de sus legiones, en cuantos países subyugó fué infiltrando sus hábitos, sus creencias, su religión y sobre todo las sabias leyes con que conservara sus conquistas. Sus costumbres arraigaron de tal modo entre los vencidos, que á pesar del trascurso del tiempo y de las vicisitudes que atravesaron las diferentes nacionalidades que de su ruina surgieron, es muy difícil, por no decir imposible, explicar cualquiera institución sin recurrir al auxilio de las instituciones de Roma; cuya historia, por este motivo ha sido y será siempre objeto de marcada predilección. Y sin embargo de que bajo todos los aspectos ha procurado estudiarse profundamente la vida del pueblo rey, y no obstante las concienzudas investigaciones que en todos sentidos han hecho, cuesta no poco trabajo formar idea de la consideración que la mujer gozaba, porque el ánimo se resiste á creer, que ni en la familia ni en la sociedad tuviera otra condición distinta de la que la ley civil la atribuye.

No puede negarse que la legislación es una fuente, á donde con éxito feliz suelen acudir los historiadores para descubrir los arcanos, que envuelven las tinieblas del pasado; pero tampoco debe olvidarse que existen

muchas leyes dictadas por la necesidad y que sólo á causa de ella se sostienen, aún estando en pugna con los deseos y costumbres del que las recibe. A este número de leyes, en mi opinión, pertenecen las que en Roma regulaban la familia. El pueblo romano eminentemente guerrero, dá á la familia una organización político-religiosa á propósito para la guerra. En ese pequeño estado no hay más autoridad que la del *paterfamilias*, jefe absoluto, omnímodo, señor de vida y muerte. La mujer, adquirida por compra, cuando no procedía del raptó, al salir del poder de su padre, no podía esperar otra cosa que caer bajo la potestad de su marido. Estaba condenada á no tener personalidad. Como hija pertenecía á su padre, como mujer casada á su marido: huérfana continuaba sujeta á perpetua tutela. Más bién era *cosa* que no *persona* en la acepción jurídica de estas palabras.

Tal fué, en suma, por largo tiempo la condición civil de la mujer en Roma y si bién las leyes que así lo disponían sufrieron ulteriores modificaciones, nunca llegó á tener en el derecho constituido otra consideración que la de hija de familia, sujeta á la potestad de su marido. Fundándose en estos precedentes, no faltan publicistas que sostienen, que de todas las de la antigüedad, la familia romana es la que menos conexión tiene con la moderna, y con efecto, no deja de haber motivos para juzgar así, estudiándola solamente bajo el punto de vista de su organización legal, que, como ya he

dicho, obedecía á una necesidad nacida de las circunstancias y dista mucho de reflejar la consideración que la mujer obtenía dentro del seno de la familia y de la sociedad. En Roma, que sin desatender la lucha permanente entre el altivo patriciado y la plebe turbulenta, hubo que sostener guerras con todos los pueblos conocidos, primero para adquirir el territorio que exigía el crecimiento de su población y después para satisfacer las ambiciones desmedidas, el poder del Estado, que siempre tiende á ser absorbente, comenzó por anular al individuo bajo la autoridad del *pater-familias* para anular también á éste bajo la idea de la patria. Pero en medio de este régimen político que todo lo subordinaba al triunfo de las legiones, la naturaleza se sobrepuso á las leyes, y el romano, rindiendo homenaje al amor, relega al olvido ó al uso casi exclusivo de la plebe la coempción, celebra su matrimonio con la solemnidad etrusca de la confarreación invocando el auxilio de los Dioses sobre sus futuros destinos, modera y suaviza su poder omnipotente y asociando su mujer é hijos al culto de sus Lares y Penates, convierte el hogar doméstico en un santuario, donde la familia no es ya considerada como propiedad, sino como una de las Divinidades á que el orgulloso romano con sus severas costumbres dá culto. Y este carácter religioso y sagrado de la familia romana que trasmitiéndose de generación en generación, se conserva aún en aquellos tiempos en que la relajación de las costumbres llegó á su mayor

apogeo, elevó la dignidad de la mujer muy por encima de las leyes civiles, que la escatimaban hasta la condición de persona. Entonces la noble *mater-familias*, que por el Derecho era esclava de su marido, por las costumbres llegó á ser su *socia rei humanæ atque divinæ*, pues tal consideración adquiría desde que entraba en la casa de aquel y se hacía cargo de la administración interior, contestando, cuando su esposo la preguntaba quién era: *ubi tu Caius, ibi ego Caia*.

Igual suerte que en la familia alcanzó en la sociedad la dama romana, que por espacio de muchos siglos glorificó su nombre en el ejercicio de las virtudes privadas y públicas; de manera que sólo en la vida jurídica podía recordar la dependencia en que más ó menos aparentemente se hallaba. Su pudor, su honestidad eran tan eminentemente apreciados, que un atentado contra el honor de Lucrecia originó la abolición de la monarquía, y el que se dirigió contra Virginia dió lugar á la caída del decemvirato. Merced á la lejitima influencia del bello sexo capitaneado por una madre, depone sus iras Coriolano, y Roma que por ello se salva de inminente catástrofe, despues de consagrar un altar en el sitio en que la venganza del jóven é irritado patricio fué vencida por los virtuosos ruegos y el justo ascendiente de Veturia, eleva la galanteria á la altura de precepto legal, decretando que los hombres cedan el paso á las mujeres, á aquellas mismas mujeres que en más de una ocasión se sacrificaron en aras de la patria,

que formaban y la entregaban los valientes guerreros que aterraron al mundo, que en los momentos angustiosos se desprendieron de su dinero y hasta de las joyas y alhajas, que tanto estima el adorno de la hermosura, para llenar con ellas las exhaustas arcas del Erario público.

Sin embargo de todo esto, la consideración de la mujer no llegó en ningún país á estar en relación directa con los merecimientos de la misma, como ya dejo apuntado, hasta que el Cristianismo difundió los resplandores de su vivificante luz, enseñando la verdadera y única moral, digna del sér que posee un alma hecha á imágen y semejanza de su mismo Dios. Entonces mejor que nunca pudo empezar á decirse, que la mujer no es esclava sino compañera del hombre, que ambos son absolutamente iguales en derechos y deberes, y que el hombre no fué dotado de la fuerza para que abusara de ella, imponiéndose á la mujer, sinó para que con la supremacía física prestase la necesaria protección al sexo débil, estableciendo así el equilibrio á que propende la naturaleza en todas sus manifestaciones.

Digno de admirarse es el cambio que operó en las costumbres el advenimiento de la religión, que condena el sistema de razas, y predica el amor con la idea de que el humano linaje forme una sola familia. El paganismo, herido de muerte, ve derrumbarse sus ídolos ante la enseña de la cruz, y la agonizante civilización antigua cede su paso á la moderna civilización. En todas las

instituciones, en la paz como en la guerra, en las artes como en la legislación y en las demás ciencias, ejercen saludable influjo las máximas del Evangelio, porque los principios fundamentales que contienen muestran dilatadísimos horizontes, á cuya contemplación se eleva el espíritu á las regiones de la vida ultramundana y encuentra el camino seguro, que conduce al fin que persigue la humanidad, en la subordinación de sus actos á una base fija, eterna, inmutable, á la vez que dulce y cariñosa como el purísimo amor en que se inspira.

A esta religión, que es la religión del desvalido en cuyo corazón no se mueve la soberbia, acudió la mujer en busca del consuelo que precisa, y como las doctrinas de aquella entrañan el desarrollo del más tierno sentimiento que su alma atesora, al ponerse en contacto con ellas las abrazó con entusiasmo, dejando que su pecho se inflamara con la ardiente caridad de que se hallaba sediento. Desde ahora las virtudes de la mujer traspasan los límites de lo sublime. Sin aspirar á otra recompensa inmediata que la inefable satisfacción interna que proporciona la práctica del deber, rechazando hasta la sombra del egoísmo y fijos sus ojos en el cielo de donde espera el premio de tanta abnegación, hace de la piedad su patrimonio y por todas partes va marcando las inmarcesibles huellas de la dulzura de la nueva religión, con la cual desde sus primeros albores se identificó por completo.

Nunca las nuevas ideas se abren camino por entre las viejas sin que se produzcan más ó ménos hondas perturbaciones, porque nunca faltan creyentes de buena fé que convencer, fanatismos exagerados que combatir, ó, lo que es peor aún, sórdidos intereses que al desvanecerse bajo la pesadumbre de un cambio social, oponen tenaz resistencia al triunfo de lo nuevo, por justo que ello sea. También la religión cristiana que anatematiza los vicios y las malas pasiones, que protege al débil, escuda al desamparado y enaltece la mansedumbre y obediencia, fué objeto de terribles persecuciones, cuya historia contrista y estremece. No bastaba que el divino Maestro espiese en la cruz las culpas de la humanidad: era necesario que ésta se manchase más y más derramando la sangre de innumerables discípulos de su doctrina: era preciso, pues sus enemigos lo querían, que los partidarios de la humildad y la templanza, que los que amaban al hombre por Dios, fuesen odiados, escarnecidos y perseguidos por el hombre, á quién no por eso dejaban de amar: era indispensable que se redujese á los secuaces de Cristo á oír las enseñanzas y practicar las ceremonias de su religión dentro de las catacumbas: forzoso que se les asediase con todo el cúmulo de dificultades que la estúpida impiedad podía discurrir, para que, al fin, la verdadera religión, llena de vida y robustez, iluminara los ámbitos del mundo, demostrando con su victoria que pese á quién pese, lo que es bueno, lo que es puro, lo que es santo, siempre

llega á sobreponerse á lo que carece de tan eminentes cualidades. Pues bién, Ilmo. Señor, en todas las persecuciones, que sufrió nuestra sacrosanta religión, entra la mujer á engrosar el número de los que con su sangre dieron testimonio de su fé. No había podido conformarse su voluntad con aprender las doctrinas de la buena nueva y enseñarlas á su familia: quiso más todavía: inundada de místico amor, quiso profesarlas públicamente y extenderlas con la rapidez vertiginosa con que vuola su imaginación, y ante la magnífica obra á que, secundando la misión de los Apóstoles, se consagraba, su debilidad física adquiere la fortaleza de su espíritu, se hace solidaria de los peligros, sonrío ante las dificultades, que la proporcionan el placer de vencerlas, y mira el bárbaro suplicio, que pone término á su vida, como el premio codiciado de sus esfuerzos, por lo mismo que sufriendole ejerce el acto más heróico de su propaganda.

El triunfo del Cristianismo fué el triunfo de la mujer, porque sus preceptos enseñaron á respetarla y á la vez porque con las virtudes que de él aprendió, supo la mujer mostrarse digna de que se la considerase como un angel en la tierra. Cierito es que no contribuyó poco á facilitar la pronta consecución de estos resultados, la presencia de una nueva raza en las regiones inferiores de la Europa. El imperio romano, que, despues de diez persecuciones habia abrazado oficialmente la religión de Cristo, no era muy á propósito para practi-

carla en toda su pureza, por cuanto conservaba reminiscencias del gentilismo, las costumbres licenciosas que habían tocado á su desbordamiento estaban en contradicción con la sencillez y moralidad, la austeridad primitiva había desaparecido al inocularse la molice de los pueblos orientales, que llegó al mas alto grado de refinamiento de que la historia da cuenta, y en tal estado, totalmente pervertida la sociedad, desviada de la familia y el trabajo, fascinada por el lujo y los placeres y embriagada por el oro que su despótica administración arrancaba á las provincias, carecía de fuerzas para dominar á su propia enervación, el enemigo más temible entre los que combatieron al pueblo que había aspirado á unir bajo unos mismos lazos á toda la humanidad. Era menester que aquella sangre viciada se regenerase, y esto sólo podía suceder poniéndola en contacto con otra sangre, exenta del virus mortal que la gangrenaba y corrompía, hecho que los acontecimientos realizaron prodigiosamente por medio de la irrupción de las tribus del Norte, á su vez lanzadas por las que salieron del Asia central.

La barbarie en que se hallaban sumidas las hordas venidas del Septentrión no excluía que en sus costumbres existiese un cierto fondo de severidad, que unido á la admiración que en ellas produjo la grandeza romana, las preparaba suavemente á recibir la cultura de que pronto hicieron ostentación. Respetando la religión, usos y leyes de los vencidos, continuaron rigiéndose

por sus propias prácticas, y del roce de unas y otras, nació un nuevo orden de cosas en que se habían amalgamado la sencillez y los adelantos de la civilización. Las razas germánicas, en efecto, purificaron los hábitos meridionales, descargándoles de la podredumbre que los envilecía, y al mismo tiempo tomaron de ellos lo que les parecía mejor que sus antiguas costumbres, todo lo cual redundó en beneficio de la religión cristiana y de la consideración de la mujer. En lo que á esta última concierne y sinó fuesen de todos conocidas, pudieran citarse diferentes instituciones legales, que todavía conserva nuestra querida España, oriundas de las costumbres de los godos, las que juntamente con las doctrinas del Evangelio, han dado á la familia moderna un carácter elevado y digno y á la mujer una condición libre de toda dependencia, que no esté basada en la reciprocidad ó en su misma garantía.

He procurado examinar muy someramente, porque los límites de este discurso no consienten más amplitud, la consideración de que la mujer ha sido objeto en diferentes periodos de la historia. Esta compendiada exposición en que de intento he prescindido del islamismo, para cuya religión la mujer no es otra cosa que la víctima de la pasión más denigrante, demuestra que aún los pueblos ménos civilizados han distinguido al bello sexo con cierto espíritu de dulzura y predilección, que su condición ha mejorado progresivamente en relación con los adelantos de la cultura, y que sus propias

virtudes han llegado á conquistarla en la sociedad como en la familia el alto puesto que era llamada á ocupar; de suerte que puede afirmarse, que si la consideración que la mujer obtiene marca el grado de civilización de los pueblos, también señala el de las virtudes, de que aquella se halla adornada.

A la vez presenta la historia ejemplos de mujeres que han alcanzado inmensa celebridad por su saber y hasta por rasgos de valor impropios de la debilidad, que, sin embargo, no deja de ser uno de los caracteres peculiares de su sexo. Desde las artes de expresión, que la son familiares, hasta las ciencias más abstractas, desde la política hasta el arte de la guerra, todo ha sido recorrido por la mujer, consignando en el gran libro de los tiempos nombres tan ilustres como los de Semiramis, Safo, Aspasia, Zenobia, Cornelia, Marcela y Eustaquia, Isabel la Católica, Teresa de Jesus, Sor Juana Inés de la Cruz, Catalina de Rusia y otras cuya simple enumeración sería por demás pesada y enojosa. El talento, en verdad, no es patrimonio exclusivo del hombre, y aún puede sentarse desde luego que el de la mujer se ha distinguido siempre por la previsión, facilidad y pasmosa rapidez de sus concepciones, cualidades que están en armonía con su viva imaginación, con la esquisita sensibilidad de que se halla dotada y con los medios de que dispone su organismo.

II.

La imaginación es lo que singulariza el talento de la mujer, precoz en el desarrollo, súbito en las deliberaciones, creador sin límites, de múltiples formas de manifestación, que incesantemente elabora y á todas sus obras imprime el sello del agente que es su principal elemento constitutivo. Con el auxilio de esta facultad intelectual representativa, entra la mujer en el terreno de lo desconocido sin que su paso vacile, porque siempre encuentra á mano el recurso de que su imaginativa dispone para salir airosa y triunfante de las dificultades más inopinadas. A nada puede compararse porque nada hay que se iguale á la imaginación de la mujer: su actividad constante no pide un momento de reposo; su velocidad no conoce distancias, liga sin violencia los objetos que ménos analogía tienen entre sí, y de una sola mirada, si la frase es lícita, abarca todas las cosas y todas las ideas así en conjunto como en los detalles, sin pasar desapercibidos los que ménos significación presentan á la vista del hombre, por minucioso obser-

vador que sea. De aquí su admirable previsión y la asombrosa facilidad de su discurso, mortificación de los sabios, á quienes no deja de causar fastidiosa impresión ver resuelto de plano por la febril imaginación de la mujer, lo que á ellos les ha costado mucho tiempo y mucho trabajo resolver. Y esto es, porque á la mujer la bastan los elementos naturales que posee, porque lo que no sabe, lo que nunca ha visto ni oído, lo presiente y adivina. Donde mejor se notan estos maravillosos efectos de su inventiva, es en el lenguaje: su gusto selecto dicta las expresiones elegantes y su ardiente imaginación las enlaza con giros caprichosos y adecuados á sus fines, que instintivamente oculta bajo los pliegues de un ropaje seductor. Y no hay precisión de acudir á la mujer ilustrada, que aún la medianamente instruida puede preciarse de ese don particular, en cuya virtud habla con la misma facilidad con que discurre, y en la una y en la otra, se advierte un deseo congénito y una singular habilidad para aprender y usar aquellas palabras y frases que alhagan á su oído, y un tacto delicado para condenar al olvido las voces que no la satisfacen, aún cuando llenen todas las condiciones de propiedad que deben exigirse.

Al innegable poder de su imaginación reúne la mujer una sensibilidad de no ménos admirables efectos. La intensa susceptibilidad á toda modificación afectiva produce su innata afición á lo bello, á lo virtuoso, á lo sublime, que la inspira sentimientos agradables.

la proporciona emociones dulces y tranquilas y llena su corazón expansivo de la inocente alegría que necesita su espíritu. A esta facultad debe la mujer lo que en ella hay de más valor: su buen gusto, la abnegación con que voluntariamente llega hasta el sacrificio, porque los dolores del cuerpo no equivalen al placer de que su alma goza; todas sus virtudes, sus encantos morales y gran parte de los físicos nacen de la sensibilidad, que, combinada con la imaginación, dán origen á la sagacidad, que sobresale en el bello sexo, á su inteligencia tan activa como requieren las impresiones fugaces á que dichas facultades la someten, y sobre todo á su aptitud para las artes de expresión, aptitud tan maravillosa que ha hecho decir que la mujer es artista por naturaleza, pues está organizada para sentir todo lo que el hombre necesita aprender.

Un organismo delicado, sutil y altamente impresionable, como luego veremos, corresponde en la mujer á su activa imaginación y á su esquisita sensibilidad. Cuando los preciosos elementos que favorecen sus relaciones con el mundo exterior y sus eminentes facultades de sentir y de reproducir mentalmente las imágenes de los objetos sensibles, se encuentran protegidos por una atención voluntaria de suficiente energía y por una sostenida reflexión, entonces la mujer presenta una razón superior, dócil para adquirir los más variados conocimientos, conservar, clasificar y robustecer los adquiridos, fácil y expedita como su lijera imaginación, henchida de

bondadosa dulzura como su sentimiento, inspirada en la belleza de que sabe rodear hasta las concepciones más abstractas y tan profunda como exigen las sinuosidades del camino que hay que recorrer para llegar á posesionarse de la ciencia. En estas condiciones ya no es la mujer frívola, que ha servido de tema forzado para las sátiras de gran número de poetas y en la que parece que también han pretendido estudiar al bello sexo algunos graves filósofos y á cuyos ojos, como lamenta Ninon, «ha sido la mujer, lo mismo que para sus amantes, un objeto de distracción más que de ocupación seria»: es por el contrario la digna representante del saber, que compite con el hombre en el penoso afán de arrancar sus secretos á la naturaleza y en ocasiones vé coronados sus trabajos con el éxito á que se hace acreedora.

No es, por desgracia, frecuente que la imaginación de la mujer se halle moderada por la reflexión, ni que su impresionabilidad consienta la permanente atención que reclaman los trabajos de la inteligencia. El exceso de actividad de la imaginación ya creadora ya meramente reproductiva, al paso que influye notablemente, induciendo á error las más de las veces, tanto en los juicios que se refieren á los seres materiales, cuanto en los que tienen por objeto los fenómenos de la conciencia, se opone á la asiduidad que requieren las funciones instrumentales de la percepción externa é interna, cuya acción disminuye en intensidad á medida que crece el

predominio de la imaginativa. Esta es la regla general, el estado psicológico más ordinario de la mujer. Rara vez consigue el equilibrio de las funciones intelectuales, pues que comunmente las representativas viven á costa y con detrimento de las empíricas. Con plena fé en su memoria y en su imaginación y con más confianza todavía en la natural perspicacia de sus sentidos, ni para mientes, en que estos por circunstancias ajenas á su deseo, puedan conducirla á la falsa apreciación de las cosas, ni se cuida de despojar los fenómenos íntimos del vistoso pero engañoso ropaje con que su mente soñadora les reviste. Inútil será que pretenda refrenar el vuelo de su fantasía, porque la viva susceptibilidad de su sistema nervioso priva á la voluntad de todo su imperio. Vedla, sinó, en esos momentos de placer en que su alma parece arrobada por éxtasis sublime; observadla en los supremos instantes en que el crudo y acerbo dolor desgarrá su pecho; cuando más ensimismada y absorta la encontréis, cualquiera imperceptible accidente, extraño á sus pensamientos la sacará de su deliciosa fascinación ó atenuará, aunque sea por poco tiempo, los terribles sacudimientos de la pena. ¿Quién no la ha visto al parecer completamente embelesada en dulces coloquios de amor, clavados sus ojos en los ojos de su amante y atentos sus oídos á las embriagadoras palabras que la dirige, pasar minuciosa revista á todo lo que la rodea, sin dejar desapercibida la más lijera pequeñez, el adorno más inocente del vestido de sus

amigas? ¿Es que finge hallarse poseída de una pasión que no siente ó que su curiosidad sobrepuja á su pasión? Nada de eso; es que la impresionabilidad de sus sentidos la confiere una especie de don de *ubicuidad*, por cuya virtud puede sobrellevar atenciones múltiples en un solo momento; es que obra inconscientemente y como empujada por la espontaneidad de su imaginación que no puede posar largo intervalo sobre un mismo asunto; es que su atención se halla tan involuntaria como irresistiblemente solicitada por todos aquellos objetos, por todas aquellas ideas á que quiere someterla su loca fantasía; es, en fin, que, á pesar de todos los placeres y de todas las emociones y de todas las contradicciones, y avasallando hasta el tempestuoso huracán de las pasiones, su imaginación impera en absoluto, disponiendo á su antojo de todos los actos y de todos los pensamientos de la mujer.

Por medio de una abstracción y para hacer asequible, lo que de otra manera no lo sería, el análisis ha fingido el aislamiento de las facultades anímicas, clasificando el modo de ser y de funcionar de cada una, así como la relación que guarda con las demás, y cuando en fuerza de las nociones adquiridas se ha conceptualizado ya capaz de abarcarlas en su misterioso conjunto, las ha reunido de nuevo, consiguiendo poner de manifiesto datos interesantísimos, que permiten conocer la recíproca correspondencia entre dichas facultades, y el estado de armonía y perfecto equilibrio en

que deben encontrarse, para que á semejanza de lo que se ha dicho respecto de las facultades de la inteligencia no se desarrollen las unas á expensas de las otras, produciendo un desórden que viciaría ostensiblemente los resultados del ejercicio simultáneo de su actividad. Las facultades de sentir, pensar y querer se ayudan y completan mutuamente en términos de que la sensibilidad, sin dejar de influir en la voluntad y de ser modificada por ella, imprime su primer movimiento á la inteligencia que dirige y perfecciona á las otras dos. Esta misma correlación indica que en ellas indefectiblemente debe existir cierta proporcionalidad que regularice su acción colectiva, y con efecto, cuando es muy notable la falta de proporción y de relación convenientes entre la sensibilidad, la inteligencia, y la voluntad, se origina un estado morbozo de la entidad subjetiva, por cuya virtud parece como que la potencia dominante absorbe y aniquila á las demás. Así puede explicarse por qué el elemento intelectual se halla generalmente en razón inversa del afectivo, lo que á primera vista sería paradógico. Pues si la sensibilidad es tan necesaria á la inteligencia como á la percepción externa los sentidos; ¿no resulta contradictorio que al exceso de la una corresponda la deficiencia de la otra? Y que no hay semejante contradicción los hechos lo demuestran con más autoridad que las argumentaciones que pudieran aducirse. Ejemplos curiosos suministra la esperiencia de los efectos que ocasiona la preponderancia absoluta ó relativa y más ó

ménos accidental, de alguna de esas facultades; pero aún sin recurrir á casos concretos, ¿no es un hecho evidente y general que los fenómenos afectivos demasiado intensos, que el placer y el dolor extremados, ya transitoria ó ya permanentemente según las circunstancias, causan el enervamiento y aún la muerte de las facultades intelectuales?

Los más triviales rudimentos de la rama de la filosofía que se ocupa en el conocimiento del sér sensible, inteligente y libre, al insinuar las trascendentales consecuencias del excesivo influjo de alguna de aquellas cualidades, abren camino para venir en conocimiento exacto de las aptitudes especiales que cada una de ellas determina. En el linaje humano, concretaré más, dentro de un mismo sexo, no todos los individuos tienen iguales disposiciones, porque no es común á todos la misma proporcionalidad en las facultades intelectuales; porque mientras unos poseen eminentemente desenvuelta la capacidad natural de sentir, prepondera en otros la inteligencia sobre el sentimiento, y otros por último, muestran los rasgos salientes y característicos de una voluntad enérgica y avasalladora; diversidad de facultades que, en tanto no exceda límites determinados, lejos de ser perniciosa, ofrece la multiplicidad de disposiciones con que la humanidad lejítimamente aspira á realizar su progreso por las distintas sendas practicables, que á un sólo individuo ó á una sola aptitud les sería imposible recorrer; la ley de la unidad por medio de

la variedad: todos los seres humanos concurriendo al mismo fin con los diferentes elementos de que les ha dotado la naturaleza.

En ese trabajo la mujer llena su honrosísimo destino con sólo seguir el derrotero de su sensibilidad; distintivo culminante del bello sexo, como llena el hombre su misión tratando de sondear los abismos de la ciencia por medio de la atención y la reflexión, que sin tanto riesgo puede ejercitar asiduamente, ó guiando su poderosa voluntad en las sorprendentes empresas que ella sola puede acometer, amparada como está por un físico robusto ó invencible. No cabe, pues, la competencia entre uno y otro sexo; cada cual cumple y debe limitarse á cumplir sus deberes en consonancia con sus disposiciones especiales; salir fuera del círculo de ellas es privarse de las únicas armas de que cada uno dispone y que hábilmente manejadas realizan prodigios no ménos estimables, porque su esfera de acción sea el campo de esta ó aquella facultad. Hé aquí también por qué nunca deben establecerse comparaciones entre los talentos del hombre y de la mujer; porque cada uno tiene los suyos, especiales, peculiarísimos de su sexo, sin que se pueda decir cual es mayor, toda vez que su desenvolvimiento tiene lugar dentro de una órbita diferente.

Acabo de consignar que no són comunes iguales disposiciones á todos los individuos de un mismo sexo, y con esto queda bastantemente significado que no es tan absoluta y rigurosa, que no admita excepciones, la

determinación del desarrollo de las facultades del alma. Ya antes lo he dicho también: la historia ha conservado y transmitido, coronados con los laureles de la gloria, los nombres esclarecidos de mujeres que han rivalizado con el hombre en el acertado desempeño de los cargos más importantes, ó que han contribuido con su talento á los adelantos de la ciencia, y ahora debo añadir, que en nuestros días no faltan respetables Señoras que con trabajos científicos ó literarios, dignos del mayor encomio, han labrado una reputación envidiable. Y ¿por qué negarlo? Cuando á su gusto delicado y á su voluntad siempre dócil une la mujer las luces de una clara inteligencia; ¡cuán rico y fecundo se muestra su ingenio, cuán poderosos son sus resortes, cuán admirables todas sus obras, cuanta dulzura, cuanta gracia, cuanta bondad en ellas se respira! Entónces parece que la naturaleza se complace en rodear á un sólo ser de todas las perfecciones imaginables, y ese sér que á los irresistibles encantos propios de su sexo, á sus modales finos y esmerados, á su tierna solicitud y á sus virtudes incomparables, añade un tesoro de inteligencia, cuyas funciones guardan armónica relación entre sí y obedeciendo á la voluntad corresponden á la vez con su sensibilidad privilegiada, entónces, repito, ese sér brilla entre todos los demás séres de la creación con fulgurante aureola, que deslumbra y entusiasma. Pero es menester no olvidarlo, puesto que la Filosofía lo asegura y la Historia lo confirma; ese sér venturoso no es mujer: es

un géneo; es la excepción, como es también excepcional y no inverosímil, ni tampoco frecuente que no merezca tomarse en cuenta, la existencia de varones afeminados y de mujeres que pudieran alardear de la más perfecta musculatura varonil. Lo general, lo ordinario, lo que debe servir de guía en toda clase de estudios de aplicación á la mujer es que en ella predomina el elemento afectivo sobre el intelectual, circunstancia que no hace desmerecer su valor, sinó que caracterizando su idoneidad la coloca dentro del círculo, en que ineludiblemente debe moverse, si quiere contribuir con fruto á la obra civilizadora en que se halla comprometida la humanidad.

Puede mucho indudablemente la buena dirección de las facultades anímicas; mucho se alcanza en verdad de la esmerada educación de los sentidos; pero como fuera de casos especiales, sería vano empeño tratar de que la mujer adquiriese con el ejercicio el grado de fuerza física que por medio de él llega á conseguir el hombre, así también sería un sueño, más todavía, un absurdo, pretender que la bella mitad del género humano, merced á una inconveniente dirección, obtuviese la plenitud del desarrollo intelectual que al hombre sin tanto esfuerzo le es dado conseguir, porque en el hombre no hay precisión de hacer otra cosa más que ayudar su naturaleza, cuando por el contrario en la mujer tiene que comenzarse por combatirla, exponiéndola á los trastornos sin cuento, que semejante violencia

puede acarrear. Y es que el débil organismo de la mujer difícilmente podría sufrir, sin arrostrar graves peligros, la tensión continua del espíritu hasta el punto de absorberse en la profunda meditación, indispensable para consagrarse á las investigaciones de la ciencia.

III.

La constitución física de la mujer responde á los mismos fines que su entidad moral. Y esto es lógico, porque la sábia Naturaleza, nunca sujeta á errores, ha dotado á todos los seres de los medios adecuados para desempeñar útilmente el papel que á cada cual ha confiado. No se busque, pues, en la mujer, la precisión en las formas, ni la fuerza de los movimientos que marcan el predominio de la inteligencia, sinó la delicadeza de los contornos y la gracia de las actitudes que revelan el sentimiento para la expresión de la vida moral. Examinando sus formas generales, sus funciones plásticas, las de la vida de relación y las que tienden á la reproducción, fácilmente se observa el sello del diferente destino que á cada uno le ha sido asignado en la admirable síntesis de la conservación de la especie. Los caracteres anatómicos y biológicos, que no pertenecen á la sexualidad, pero que establecen diferencias entre el hombre y la mujer, no aparecen hasta un periodo bastante avanzado de la vida fetal, aumentando despues

paulatinamente hasta la vejez, en cuya época desaparecen casi por completo. Al nacer, solamente la inspección del aparato genital distingue el sexo del niño, ningún otro rasgo constituye entonces diferencias entre el varón y la hembra; idéntica vaguedad existe en la fisonomía, análoga conformación del tórax y de las extremidades, igual delicadeza de testura, el mismo metal de voz y en un todo semejantes las actitudes. Mas tarde, cuando los sentidos empiezan á funcionar, trasmitiendo al cerebro las impresiones que reciben, y á medida que las percepciones resultantes adquieren mayor exactitud y precisión, las diferencias se hacen mas ostensibles. Aún sometidos á la influencia de idénticos estímulos, el sistema nervioso del niño no reacciona del mismo modo que el de la niña; la sensibilidad, impulsiva y brusca en el uno, es delicada, exquisita y ménos activa en la otra; y en sus relaciones mútuas pronto descubren lo diverso de su organización cerebral por la diferencia de sus sensaciones, de sus gustos, de sus juegos y de todas sus inclinaciones. A la inquietud, petulancia y audacia agresiva del niño; á su tendencia á la dominación, á la violencia y á la lucha, opone la niña la dulzura, la timidez, la sumisión y una voluntad más bién suplicante que imperiosa: aquel exige, esta solicita; y contrariados en sus deseos, el uno se irrita y enfurece, la otra suspira y ruega.

Mejor bosquejado aparece el carácter moral de uno y otro sexo llegada la pubertad. Entonces la contracti-

lidad es la propiedad fisiológica que prepondera en el hombre, como la sensibilidad en la mujer: ley de equilibrio orgánico y vital que no solamente explica las aberraciones del temperamento bajo el influjo de la inteligencia y de las pasiones, sinó tambien la relación del desarrollo de los órganos en los dos séres. Nunca el exceso de susceptibilidad nerviosa interrumpe en el hombre la evolución del sistema muscular, porque estando en él mejor elaborados los elementos que las vísceras suministran para su asimilación, la sanguificación se efectúa de una manera más perfecta, el sistema óseo se consolida más pronto, y el arterial, por medio de sus ramas capilares extiende su imperio á los últimos confines del organismo, originando todas estas circunstancias la esforzada constitución varonil, la resistencia de sus tejidos, la coloración oscura de la piel, el vigor de las articulaciones y la fuerza muscular que domina á la nerviosa, como la energía á la debilidad y la acción al sentimiento. La mujer, por el contrario, conserva y perpetúa en sí dos condiciones peculiares de la infancia; la abundancia de fluidos plásticos y la impresionabilidad del sistema nervioso. A la primera de ellas tiene que agradecer la redondez de sus formas y la belleza de sus perfiles, y á la segunda la precocidad sexual; porque, con efecto, la presencia de la pubertad requiere en la mujer menos gastos, si así puede decirse, ya que su organismo no necesita para el ejercicio de las funciones genésicas el grado de perfección que el del hombre exige.

Interesantes son las diferencias del aparato digestivo en uno y otro sexo. Las mandíbulas, arqueadas en el hombre, afectan la forma parabólica en la mujer: la rama ascendente del maxilar inferior es en esta más corta, estrecha y oblícua y presenta menos dilatada la superficie de inserción para los músculos masticadores. Con bastante frecuencia la mujer conserva los primeros dientes; su segunda dentición es más tardía y los órganos procedentes de este trabajo fisiológico menores que en el hombre, faltándola generalmente los últimos molares. Pequeña la boca y poco extensa su cavidad guardan proporción con la menor capacidad de su estómago, la falta de energía muscular del tubo intestinal, el reducido volumen del hígado y la escasa actividad de la secreción biliar, que contrasta con el gran número de vasos linfáticos de que está provisto el conducto intestinal y con la amplitud del mesenterio que los contiene. La prolongación del estómago y del tramo intestinal acaso explica la inclinación de la mujer á los alimentos del reino vegetal, así como el hombre, por la diferente conformación de esos órganos, cuanto por la mayor fuerza relativa de sus dientes caninos, parece aproximarse más á la de los animales carnívoros. En razón á su menor capacidad digestiva la mujer soporta con facilidad el hambre, y, merced á la actividad de la absorción, rara vez se acuerda de los estimulantes, que no puede prodigar sin incurrir en su degeneración física y moral. Ordinariamente se conforma con una alimentación ligera, única que la

conviene como indicada por las condiciones de su estructura; y ese régimen, á que instintivamente se adapta, contribuye vigorosamente á conservar la delicadeza de los sentidos y el natural bienestar de su espíritu que son incompatibles con el despotismo inconsciente del aparato digestivo.

En la respiración y circulación se advierten diferencias igualmente dignas de ser apreciadas. La cavidad torácica de la mujer no presenta las mismas dimensiones que la del hombre; el esternón es en aquella más corto y el diafragma se inserta por su parte anterior en el cartilago de la sexta costilla, teniendo por consiguiente menor altura: el diámetro trasversal es menos extenso por ser tambien más cortas y más encorvadas sobre sí mismas las costillas, y el antero-posterior se halla reducido por la prominencia de la columna vertebral. De esta conformación de la caja se deduce que los pulmones de la mujer son más pequeños que los del hombre, sucediendo otro tanto con la cavidad de la laringe, de las fosas nasales, y el conducto de la traquea. Las costillas inferiores también son más cortas, los hipocondrios resultan formados casi exclusivamente por tendones y aponcurosis blandas y elásticas, y el epigastrio aparece más elevado por la falta de longitud del esternón. Las costillas superiores, que horizontalmente se dirigen al esternón, concurren especialmente á la inspiración, siendo órganos de espiración las inferiores. La sexta costilla de la mujer es la que primero se une al esternón

describiendo una curva, y en el hombre lo es la sétima, de cuya diferencia se sigue que en este último el acto de la inspiración está más limitado. Al adoptar Beau y Maissiat tres modos respiratorios; el abdominal, el costal inferior y el superior, atribuyeron á la mujer el tercero, según el cual la extensión mayor de los movimientos respiratorios se verifica por las costillas superiores, que, con especialidad la primera, son llevadas de delante atrás. Berard lo hace consistir en un movimiento ascensional de la totalidad del tórax: la clavícula, el esternón y la primera costilla se elevan, propagándose esta acción, aunque debilitada, de arriba abajo, y acompañándose de un movimiento muy sensible de rotación en las costillas siguientes. La mujer inspira principalmente por la acción de los músculos pectorales é intercostales y su pecho se dilata más en el sentido horizontal como lo prueba la marcada alternativa de elevación y descenso de la glándula mamaria. En estos hechos fisiológicos encuéntrase la razón de la tolerancia mayor de la mujer para la vida sedentaria y para respirar el aire confinado de los salones, toda vez que, siendo más débil su respiración, consume menor cantidad de oxígeno, lo cual no impide que sea en ella muy productiva la hematosiis, circunstancia que, unida á la mayor velocidad de la respiración, explica su predisposición á las hemorragias y la facilidad con que suele restaurar sus pérdidas.

La sangre de la mujer, ha dicho Lecanu, es rica en albúmina y agua, pero contiene pocos elementos sólidos.

Forget no halla reparo en asegurar lo que empíricamente se había ya enunciado: que la constitución de la mujer es más blanda, más húmeda que la del hombre.

El sistema vascular de aquella es mas débil, el pulso más frecuente pero con menos resistencia, variable y con gran predisposición para acelerarse; particularidades funcionales que se derivan de sus condiciones anatómicas; el corazón es menos voluminoso, las artérias tienen sus paredes menos densas y fuertes y los sistemas venoso y linfático revisten, por el contrario, caracteres de superioridad.

Algunas secreciones son más enérgicas en el hombre, pero es menor en él la producción de tejido adiposo, que en la mujer constituye un depósito de alimentos respiratorios, los cuales acumulándose en el tejido colectivo, suplen en ciertos casos la insuficiencia de la alimentación. La debilidad de la respiración de la mujer y la actividad de la producción adiposa, mueven á discurrir si esta última estará ligada con la abundancia del carbono en la sangre.

La piel, esa admirable cubierta de la esfera física de la individualidad, no es un fuerte protector del organismo femenino. Mas blanca, fina, lisa y trasparente que la del varón: poco regada por la sangre arterial y surcada en cambio por gran número de venas, más que á su defensa contribuye al complemento de su hermosura. El resultado de la traspiración carece del olor penetrante que tiene la del hombre adulto, y la producción pilosa

está más limitada. En suma; en la mujer predomina la plasticidad; por consecuencia de esto la conservación de su organismo no exige tantos elementos, ni tanto estímulo como el del hombre y son más rápidas sus fases de crecimiento y de desasimilación, así que en ella la pubertad se anticipa y la fecundidad se extingue también más pronto, porque, como ha dicho Lallemand, la generación es á la especie lo que la nutrición al individuo, y prueba manifiestamente la exuberancia de esta, el ejercicio de aquella función.

Los sistemas óseo y muscular tampoco alcanzan intenso desarrollo en la mujer. Su tejido muscular es pálido y blando, sus fibras delgadas y flexibles: los músculos poco gruesos y cubiertos por una capa de tejido celulo-adiposo, no dibujan sus contornos cual los del hombre; los tejidos tendinosos están menos apretados y contienen mayor cantidad de tejido conectivo: los cartilagos son delgados y flexibles y los huesos menos compactos y más lisos, pues que sus eminencias y depresiones están poco marcadas. El total de la masa ósea es menor que en el hombre: el ráquis resulta más elevado porque tienen mayor espesor las vértebras y los cartilagos situados entre ellas; la pélvis es mas extensa en sentido horizontal, influyendo en la separación de las cavidades cotiloideas; la dirección del cuello del femur no es tan oblicua y las cabezas de estos huesos, así como los trocánteres, están más distantes, quedando por consiguiente las rodillas más inclinadas hácia dentro.

Los miembros inferiores de la mujer son más cortos que los del hombre, pues el punto que divide la altura del cuerpo en dos mitades iguales corresponde en aquella entre la cicatriz umbilical y la pélvis, mientras que en el último se encuentran por bajo de la sínfisis pubiana. Burdach decía que, por efecto de la situación respectiva de las cavidades cotiloideas, la mujer, al caer, se inclina hácia atrás, sobre el dorso, y el hombre hácia adelante.

En la conformación de los miembros torácicos llaman también la atención, la exígua longitud de las clavículas y su forma arqueada, la pequeñez de los omoplatos, más unidos al tronco, la redondez de los brazos, lo delicado de las manos y la finura de los dedos; caracteres que, unidos á la inseguridad en la progresión y al contoneo que nace de la amplitud de la pélvis y de la oblicuidad del femur, demuestran que este sér por tantos títulos acreedor á nuestra consideración, no ha sido destinado á tomar parte en los trabajos que exigen una gran fuerza, los cuales repugnan á su organización y son un verdadero atentado contra su salud.

Igual convencimiento produce la inspección de los aparatos de los sentidos, que en la mujer tienen proporciones más reducidas, al mismo tiempo que gozan de susceptibilidad más exquisita que en el hombre. Así en la primera, los ojos son más pequeños, están más hundidos en las órbitas y velados por cejas en general no tan espesas; el oído externo es más oblongo y dotado de un conducto infundibuliforme tal, que, merced á él, las

ondas sonoras hieren más directamente la membrana timpánica sin difundirse por las paredes óseas, á cuya condición debe la facultad de percibir fácilmente los sonidos ligeros aún producidos á relativa distancia: la nariz es más corta, si bién el olfato más fino; la lengua menos voluminosa y más movable, y los dedos, más delgados, ofrecen mejor disposición para el tacto. Los sentidos de la mujer son adecuados para recibir impresiones suaves; su debil estructura contraindica toda violencia, todo dolor ó placer demasiado fuertes, al paso que la delicadeza del tacto, la sagacidad del oido y la precisión de la vista, no solamente la dán especial aptitud para las artes de imitación, sinó que dirigen su entendimiento, porque, á no dudarlo, de la actividad de los órganos perceptivos procede en gran parte la sutileza de sus observaciones.

No puede negarse que la masa nerviosa espinal de la mujer es mayor que la del hombre. ¿Sucede lo mismo respecto del cerebro? Parchappe trata de establecer, que el volúmen de la cabeza de la mujer es menor, no solo en alguna de sus partes sino en su totalidad, sin que á esto se oponga la diferencia de estatura, toda vez que el peso del encéfalo está en relación con ella en ámbos sexos; pero Sœmmering pretende demostrar por el contrario, que la proporción entre la cavidad craniana y la cara aumentan de grado en grado en la escala animal, y que la mujer se encuentra en una relación superior al hombre; porque, con efecto, la cara de la mujer es más

corta y más pequeña, sus prominencias menores y sus senos frontales y maxilares más reducidos, á lo cual debe agregarse, que los huesos de la caja craneana son más pesados en el hombre. Apoyándose, pues, en las observaciones de Sœmmering, resultará que la cabeza y el cerebro, en realidad menores de la mujer, tienen mayor volumen y peso relativos, comparados con el resto del cuerpo. Sin embargo, debe confesarse que son necesarias nuevas investigaciones para fijar este interesante punto fisiológico y que, si entre las facultades intelectuales y la masa cerebral existe correspondencia, esto no podrá referirse á la sensibilidad, que tanto predomina en la mujer, en el caso de que se conceda menor desenvolvimiento á su encéfalo, por más que Gall quiere explicar esta circunstancia haciendo residir el centro de esa función afectiva en la parte posterior del cráneo, que el bello sexo presenta más desarrollada.

La vascularización mayor del cerebro del hombre y el menor calibre de los vasos del de la mujer está perfectamente demostrado por la distinta extensión de los orificios que los dán paso. Y bién ¿podrá deducirse de ello la menor predisposición de la mujer á los afectos simpáticos del encéfalo y la mayor independencia de este centro del sistema nervioso á las modificaciones patológicas del sanguíneo? Los hechos responden de diversos modos, pues mientras Parent-Duchatelet y Martinet afirman que la encefalitis es muy rara en la mujer, la estadística pone de relieve la frecuencia con que se vé afectada de la enajenación mental.

También la voz es más débil que la del hombre, porque, presentando sus vías aéreas una superficie más limitada, no pueden expulsar tanta cantidad de aire; pero á la vez es más aguda por la cortedad de la traquea, la estrechez de la glotis y la menor amplitud de la laringe, cuyas paredes vibran con más rapidez. La flexibilidad de la voz, producida por la longitud de los músculos y la falta de resistencia de los ligamentos del aparato de la fonación, permite á la mujer superar todas las dificultades del canto; y si es cierto que el espíritu se refleja en la voz; si esta, ora se manifieste por medio de una simple vibración mecánica, ora por medio del grito desgarrador que lanza el corazón herido, expresa con fidelidad el estado moral de quién la emite, en medio de tranquila calma se exhalará dulcemente del pecho de la mujer, cuanto enérgica y fuerte saldrá del pecho del hombre.

Pero donde más resalta la inmensa diferencia que existe entre uno y otro sér; donde el destino de cada cual está más claramente escrito, es en todo lo que se refiere á la reproducción. Limitado el papel del hombre al acto de la fecundación, vive despues exclusivamente para sí, gozando de libertad absoluta dentro de la órbita de su autonomía personal, en tanto que la mujer, más solícita por la conservación de la especie que por sí misma, no termina la penosa misión que comienza al mútuo contacto de ámbos gérmenes, hasta que el nuevo sér adquiere todas las condiciones necesarias para vivir de un modo independiente; y como los medios se aco-

modan al objeto, la disposición y estructura de su aparato reproductor están en perfecta armonía con sus importantísimas funciones.

Situado más profundamente que el del hombre, queda ménos expuesto á la acción de los agentes exteriores. Un cinturón óseo aloja y protege sus órganos, desempeñando trascendental papel llegado el término de la gestación. Por esto no tiene la pélvis igual conformación en ámbos sexos, pues mientras en el varón son más gruesas las paredes, sus contornos ménos delicados y ménos prominentes sus apófisis, lo cual se halla en relación con el mayor desarrollo de su sistema muscular, en la mujer, por el contrario, esta parte del esqueleto tiene más amplitud y menor altura. Los huesos iliacos también son más aplanados, el estrecho superior más ancho y la excavación que en aquél es infundibuliforme, resulta más extensa en la mujer, porque es mayor la inclinación posterior del sacro y del cóxis, están más separadas las tuberosidades de los isquios y se inclina más hácia la parte externa la curvatura del borde inferior de las ramas de la arcada pubiana. De esta suerte el anillo óseo, formado por los dos innominados, el sacro y el cóxis, á la vez que, sosteniendo al tronco, presta interesante servicio en la locommoción, contiene y protege á los órganos que componen la parte principal del aparato reproductor de la mujer.

Considerado este en sus principales condiciones fisiológicas, bién puede compararse á uno de secreción,

toda vez que en él existen dos órganos centrales, productores de los gérmenes femeninos que, recogidos por la trompa de Falopio, verdadero conducto deferente, han de ser llevados á un receptáculo temporal, que comunica con el exterior por órganos adecuados como medios también de trasmisión; y otras dos glándulas encargadas de suministrar al nuevo ser elementos de nutrición en los primeros meses de la vida, completan este importantísimo aparato.

La función que está encargado de desempeñar forma una série notable de procesos celulares, al frente de todos los que debe figurar la ovulación. Una esfera transparente rodeada por ténue membrana, de testura laminosa adherida á la capa ovígena del ovario y llena de pequeñas granulaciones nucleares, constituye la llamada vesícula de Graaf, que creciendo paulatinamente, sufre diversas modificaciones luego que alcanza un volúmen de uno á dos centímetros. Condensándose dicha membrana, conviértese su contenido en otra túnica granulosa, impelida hácia la perifería por la expansión y aumento del líquido hialino, en cuyo centro reside el óvulo, diminuta célula transparente y esférica que, llevada hácia la parte superior del ovisaco, aparece más tarde rodeada por la atmósfera del disco prolífero. Una vascularización notable, procedente de los vasos del bulbo, se forma sobre la membrana que cubre por completo la superficie externa del ovisaco, y, al aproximarse la madurez, sobresale la vesícula en la superficie del

ovario, precisamente en la dirección del oviducto, é invadiendo inferiormente la región del bulbo, alójase entre sus fibras, que separa y comprime, iniciándose en aquel momento la hipertrofia grasosa de la túnica del ovisaco.

Desarrollado el óvulo y dilatada la vesícula que le contiene, continúan efectuándose los fenómenos fisiológicos, de una ú otra manera según que haya habido fecundación, ó nó. En este último caso, ligera hemorragia, procedente de los vasos periféricos invade el interior del saco, rómpese la vesícula y su contenido es lanzado á la trompa primero y al útero despues, apareciendo en la túnica de la misma vesícula una série de circunvoluciones amarillas en cuyo centro está encerrado un pequeño coágulo sanguíneo; se atrofian y cierran los vasos, el tejido del bulbo reacciona, comprimiendo los restos del ovisaco convertido en metoarión y paulatinamente va completándose la regresión adiposa y su desaparición final en la sustancia del bulbo. Si la fecundación tuvo lugar, falta generalmente la hemorragia intersticial, el óvulo es espelido, y para que se efectúe la formación del metoarión, en el centro del núcleo formado por la túnica interna hipertrofiada, aparece una sustancia hialina completamente distinta del núcleo oscuro del metoarión catamenial, del cual también se distingue por el aumento de volúmen que adquiere durante los primeros días de la gestación, para permanecer estacionario hasta el cuarto més, en que se restablecen los verdaderos fenómenos de metamorfosis regresiva.

Tales son los hechos que de un modo constante y normal se realizan desde la época de la menofanía hasta la de la menopausia, exceptuando los periodos de la gestación y de la lactancia, fenómenos que coinciden con la aparición periódica de una hemorragia completamente fisiológica y dependiente de las mismas causas que los demás procesos de la ovulación, y que es por lo tanto una parte integrante de los mismos ó acaso absolutamente indispensable para el complemento de esta función.

Recorriendo el óvulo fecundado las diversas fases de su evolución llega á tener un volúmen y peso bastante considerables y con el fin de adaptarse á estas condiciones del embrión, que pasa á la categoría de feto, y para atender á la nutrición del nuevo sér, sin dejar de irse preparando á expulsarle al mundo exterior, el útero se dilata, las paredes adquieren más pronunciada testura muscular y sus vasos reciben una cantidad de sangre mayor que de ordinario. No permanecen ajenos á tales cambios los demás órganos de la esfera genital, antes bién la economía entera toma parte en ese trabajo nutritivo de que es asiento la matriz en una época en que, como gráficamente decía Mauriceau, la madre y el hijo navegan por un mar proceloso.

La separación absoluta de ambos séres es el desenlace de cuantos fenómenos quedan expuestos; resultado final de un conjunto de procesos que conspiran de consuno á la organización de un nuevo sér; paso de

una vida parásita á otra vida independiente; solución natural del lazo que unía á la criatura con la madre, y en cuya virtud aquella comenzará á vivir á expensas de sus propias fuerzas. No quiere esto decir que desde luego quede la mujer completamente libre de todo cuidado relativo á su hijo; no: que ella sola posea elementos indispensables de reparación, la base esencial sinó exclusiva del movimiento nutritivo tan enérgico en los albores de la vida, y la cual proporcionan sus glándulas mamarias por medio de la secreción que, iniciándose en los primeros meses siguientes á la fecundación, aumenta despues del nacimiento y no desaparece hasta que los órganos de la masticación del nuevo sér han adquirido el suficiente desarrollo para preparar la digestión de otra clase de alimentos.

IV.

El exámen anatómico-fisiológico confirma que las diferencias principales entre uno y otro sexo no proceden únicamente del imperio de los hábitos, ni de la educación física ó moral; antes bién estas divergencias de mero accidente deben subordinarse á las más esenciales, que estriban en la organización del encéfalo y sus dependencias y en la estructura y oficio de los órganos genitales. Todo es distinto entre el hombre y la mujer porque también lo es su destino. Así, esta última, en la que todo tiende á la reproducción de la especie, es fuerte para los actos que la constituyen, dotada como está de la resistencia orgánica suficiente para ello, y en cambio es débil para las funciones de la inteligencia, pues que la naturaleza, al señalarla diverso rumbo, tuvo por conveniente privarla de aquella aptitud especial. Buena prueba de que la mujer debe su modo de ser al importantísimo papel que está llamada á desempeñar, se encuentra en el hecho muy conocido de que los dos sexos se aproximan tanto más cuanto me-

nor actividad tienen las causas antedichas y esto sucede siempre en los dos extremos de la vida, cuando el sistema nervioso presenta igual induración ó reblandecimiento, el aparato genital el mismo grado de atrofia y las facultades psíquicas duermen todavía el sueño de la infancia ó se debilitan bajo el peso de la decrepitud.

Fuera de las circunstancias de identidad del sér humano, la vida física como la moral son enteramente distintas en ambos sexos y continuarían siéndolo, aún cuando una misma educación guiara sus pasos, porque el influjo de esta, sin negar en lo más mínimo su trascendencia lejitima, jamás podría llegar á borrar por completo las radicales diferencias establecidas por la naturaleza y que constituyen la base primordial de sus hábitos y de sus inclinaciones, íntimamente ligados á los instrumentos de que dispone cada uno de ellos. Por eso es inmensa la facilidad que la mujer posee para regular sus actitudes y darlas mayor expresión; porque mientras el hombre, brusco en sus gestos y potente por una musculatura enérgica, que, aún automáticamente, tiende á contraerse, excede en sus movimientos á la incitación cerebral, aquella, dotada de mayor sensibilidad y de un sistema muscular ménos desarrollado, dirige sus esfuerzos con habilidad encantadora, modifica sus actitudes con gracia, y, siempre dueña de sus contracciones musculares, sabe, con el predominio del sistema nervioso revestir las formas de la pasión, disimular la emoción que agita su pecho y apoderarse de los papeles

teatrales, desempeñándolos con tanta animación como verdad, éxito mucho más difícil para el hombre, que generalmente carece de esa fisonomía versátil que requiere la manifestación del pensamiento con el lenguaje de la mímica, como también carece en general de la imaginación ardiente cuyos destellos, unidos al deslumbrador efecto producido por los resortes que hiere la sensibilidad, se perciben claramente en todas las obras científicas, literarias y artísticas de la mujer, en que los giros de la fantasía, la galanura del estilo, la abundancia de detalles, la riqueza en la descripción, el prodigio de las concepciones seducen, conmueven y arrebatan por medio de las formas, á que con frecuencia se halla supeditado el fondo, á quién guiado por el espíritu de la crítica pretende examinarlas con fría serenidad.

Aquí será lícito observar lo que ya se ha dicho al hablar de las aptitudes intelectuales; esto es, que tampoco en lo físico cabe relación de superioridad ó inferioridad, sobre que cada sexo reúne en su organización los medios indispensables de llenar su misión especial, misión que en todos sus extremos ninguno de ellos podrá realizar aisladamente ó con independencia absoluta del otro sexo. Son, por consiguiente, el hombre y la mujer, física y moralmente estudiados, dos seres gemelos, dos compañeros inseparables, las dos partes de un mismo todo, puesto que sus mismas desigualdades, tan necesarias como invencibles, les sirven de recíproco

complemento, integrándoles y confundiéndoles de esta suerte unidos en el más perfecto sér de los que pueblan el universo mundo, definido por el Divino Maestro con esta sencilla pero elocuentísima frase, que no debe ceñirse al indisoluble lazo que produce el sacramento del matrimonio, porque es extensiva á todos los actos de la vida social del hombre y la mujer: *duo in uno*: dos séres que se completan, integran y confunden para formar uno sólo, la humanidad, la más preciosa, la más admirable creación del Hacedor supremo.

Inspirándose los pueblos en esa idea sublime es como han venido á constituirse la familia moderna y la moderna sociedad, susceptibles todavía de gran progreso, porque la aplicación de aquel elevado principio no ha obtenido aún el último grado de desarrollo, pero que, comparadas con iguales instituciones de los pueblos antiguos y de los modernos, cuyas costumbres no se han purificado en las fuentes cristalinas del Evangelio, presentan los bellísimos caracteres de su indiscutible adelanto, que no se ha realizado sinó conceptuándose los dos sexos como partes igualmente indispensables y componentes de una sola unidad y empleando cada cual sus esfuerzos en consonancia con su naturaleza, sin analizar su mayor ó menor importancia, sin acudir á odiosas comparaciones, que no podrían entablarse ni ménos sostenerse porque su dilucidación demostraría inevitablemente, que los actos del hombre y los de la mujer son tan precisos é irremplazables como los mismos

séres que les desempeñan; y que la esfera en que esos actos se desenvuelven está limitada por leyes preexistentes, superiores á la humanidad y que no la es posible tratar de corregir.

Esta prenoción innata, causa primera de la consideración de que instintivamente y en todas las épocas ha sido objeto la debilidad de la mujer, ha contenido á los dos sexos dentro de su demarcación respectiva cuyos términos divisorios están señalados por la fuerza y la iniciativa que pertenecen al hombre, y por la tolerancia y la dulzura que son los atributos de su bella mitad, que si esta en algunas ocasiones ha puesto su delicada mano, digna de trabajos más lijeros, ó ha entregado su corazón, hecho para el amor, al servicio de titánicas empresas, no debe olvidarse que ha sido seducida y arrebatada por la sensibilidad, soberana de todas sus acciones, que así puede, rectamente dirigida, coronarla con los lauros de la gloria, como extraviada por malévolos consejos, sumergirla en los abismos cenagosos del crimen. Y aún en estos casos excepcionales, en que parece sobreponerse á su debilidad, rara vez dejarán de reflejarse, si se les examina con espíritu profundo, ó el temperamento que la distingue y enaltece como mujer ó una aberración de su sexo, que impide seguir considerándola como tal.

En resúmen: aunque no pudiera establecerse un límite fijo y exactamente determinado entre el alcance de las facultades intelectuales del hombre y de la

mujer, ya porque la preponderancia de las funciones representativas y afectivas suple á las veces la deficiencia ordinaria de las empíricas, ya porque no deja de ser importante y muy digno de tomarse en cuenta el número de las mujeres, cuyos talentos han demostrado inequívocamente que el pensamiento no está monopolizado por el hombre, todavía quedaría en pié, oponiéndose rudamente á lo que quiere llamarse emancipación social de la mujer, á la proclamación absoluta de su igualdad con el otro sexo, la razón suprema de sus diferencias físicas, que, indicando de un modo incontrovertible su distinta misión sobre la tierra, dictaron á Roussel el sábio y prudentísimo consejo, que dirige á aquella para que no abuse de un derecho que, no estando armonizado con su economía, seguramente habría de proporcionarla trastornos de consideración, porque lo que la Historia y la Filosofía solamente como excepción conceden á la mujer, la Anatomía y la Fisiología rotundamente se lo niegan, amenazándola con el severo, ineludible castigo que la naturaleza impone á todo el que osado y audaz quebranta sus leyes misteriosas.

Ciertamente, en la necesidad de que la especie humana trabaje para vivir, constituye un magnífico ideal que la noble tarea de proporcionar los elementos de subsistencia estuviera encomendada única y exclusivamente al hombre, quedando á cargo de la mujer los demás cuidados de la familia, que no con otro objeto

dice Adelón, fueron dotados de gran fuerza de espíritu el primero y de la delicadeza y vivacidad de sentimiento la segunda; pero, porque no se haya realizado ni esté en visperas de realizarse en todas las clases sociales este progreso, que sería el *desideratum* de la perfección ¿habrá de salir la mujer de la órbita en que puede ser útil á la sociedad de que forma parte, para colocarse en otro terreno, en que se perjudicaría á sí misma? Porque se vea precisada á trabajar para librar su subsistencia ¿hay ya razón bastante para que se anule entre los fóllos de los expedientes oficiales, se dedique á la abogacía, ejerza las profesiones médicas, se consagre á la política ó á otras ocupaciones análogas, que, sobre no ser beneficiosas á su salud, como impropias que son de su entidad moral, en más de una ocasión harían asomar el carmín á sus mejillas? Y no quiere esto significar que en todos los casos la ilustración marchite los encantos de la mujer, porque si una ilustración inconveniente la desnaturalizara, siendo en cambio perfectamente amoldada á los fines que está llamada á llenar, realza notablemente sus virtudes y acrecienta el atractivo de las gracias con que pródiga naturaleza la rodeó. Más aún: si ha de cumplir ya como esposa, ya como madre, como hija ó como hermana los tan grandes como afectuosos deberes del ministerio que se la confía; si ha de ser un miembro útil á la sociedad; si quiere que sea fecundo en consecuencias el lejítimo influjo de su dulzura; si aspira,

en fin, á embellecer el mundo con la frescura de sus matices y la suave fragancia de su pureza, es necesario que se instruya, que adquiriera los conocimientos indispensables y en armonía con los adelantos modernos para poder ser el apoyo de sus padres, la mimada compañera de sus hermanos, la digna participante de los secretos y pesares de su esposo, y por encima de todo, la primera maestra de sus hijos, que con su indefinible ternura graba en su tierno corazón lo que nadie más que ella puede enseñarles, forma su carácter y les prepara á separarse de sus brazos, entre lágrimas y sollozos que siempre se recuerdan con cariñosa veneración, para venir á ser despues los hijos honrados del trabajo, los obreros de la inteligencia, los aguerridos soldados que defienden su honor ó los respetables sacerdotes, que con los dones de la Religión calman su espíritu en las tribulaciones y amargas de esta vida. Y si la fatalidad la coloca en el duro trance de buscar por sí misma los medios materiales de subsistencia, la ilustración la abrirá las puertas de su porvenir, siempre que la ejercite dentro de su esfera propia, para que el resultado de sus esfuerzos no sea esteril, que vasto campo se ofrece á la aplicación de su actividad sin recurrir á trabajos cuya índole repugna á su natural débil y sensible.

No es el teléfono, (y permitid Ilmo. Señor, que dedique á la juventud estudiosa las últimas palabras de mi discurso,) no es el teléfono, queridos alumnos, el apa-

rato que puede ayudar la visión, ni se ha inventado el microscopio para percibir los sonidos producidos á largas distancias. Cada instrumento tiene su objeto y los seres todos de la creación son otros tantos instrumentos, que en su naturaleza particular llevan impreso su destino inalterable. Para llenar cumplidamente el vuestro; para que seais los dignos representantes en los comienzos del siglo próximo, de los adelantos de este siglo que rápidamente se acerca á sus postrimeras, tomad sobre vuestros hombros con infatigable ardor todo el peso de los profundos y asiduos trabajos de la ciencia, basándola sobre los inquebrantables cimientos de la moral cristiana. De esta suerte formareis el robusto tronco, que debe sostener á la débil yedra, y la mujer (estad seguros de ello) gozando del cariño y consideración, que por ningún motivo debeis dejar de tributarla, no pretenderá más emancipación, que la que disfruta dentro de la familia ilustrada y religiosa, en cuyo seno encontrará siempre amor que corresponder, penas que mitigar, placeres que compartir y un terreno feraz y productivo en que depositar las valiosas semillas de su virtud é inteligencia.

HE DICHO.